

BELLAS ARTES

CONCURSO DE CARTELES DE LOS CIGARRILLOS «PARIS»

Es curioso cómo el fabricante-propietario de la marca de cigarrillos «Paris», don Manuel Malagrida, ha llegado a interesar a la opinión europea con su famoso concurso. Porque hay que advertir que el señor Malagrida se halla materialmente imposibilitado de vender un solo cigarrillo fuera de la República Argentina, tantas son las trabas comerciales y arancelarias que se oponen a su expansión.

Por esto resulta más inexplicable su viaje de exposición por Europa,

SÉPTIMO PREMIO



ALVIN GASPARY (Buenos Aires).

llegó a implantar la mejor fábrica de cigarrillos que existe en aquella República. Audaz y emprendedor, comprendió que la *reclame*, que no puede dar patente de buenos a los malos productos, es una gran palanca para mover la opinión, cuando se trata de popularizar productos legítimamente acreditados; y con afán de extender más y más su marca de cigarrillos «Paris», promovió su primer concurso de carteles entre los artistas del país, prometiendo seis premios que ascendían a la suma de tres mil pesos.

Ciento diez y ocho fueron los carteles remitidos a aquel certamen, cifra tan extraordinaria é inesperada, que obligó al propietario a doblar la suma destinada a premios.

El éxito de aquel primer concurso, que se celebró en el último mes del año 1900, animó al señor Malagrida a proyectar un concurso mayor, en el que pudieran tomar parte los artistas del Universo. Empresa que hubiera arreadado a otro espíritu menos emprendedor y que requería por otra parte un generoso desprendimiento, una verdadera fortuna arrojada a la curiosidad pública. Precisaba que la suma destinada a los primeros premios fuese bastante cuantiosa para que sirviera de cebo y acicate a buenas firmas, decidiéndolas a cruzar el mar en busca de premio proporcionado a sus sacrificios. Viajes, circulares, un número especial de propaganda con el título de «Paris», todo cuanto pueda intentar el enamorado de una empresa para asegurar su éxito lo intentó el señor Malagrida, gastando únicamente en preparativos un verdadero caudal. En cambio, vió coronados sus esfuerzos con el mayor éxito que registren los anales de la *affiche*. Los 118 carteles del ya numeroso concurso primero, se convirtieron en una avalancha de 555 en el segundo, cosa inaudita, aún en la misma Europa, donde por sus facilidades están esos concursos más a la orden del día.

Comprendemos perfectamente las dificultades con que debía tropezar el jurado en vista de los 31 proyectos premiados que son,

tan brillantemente iniciado por Barcelona, puesto que, á lo sumo, podrá adquirir justa fama de industrial de buen gusto, cosa que ya todo el mundo le concedía, sin necesidad de que ello le obligara á los cuantiosos gastos que su viaje ha de ocasionarle indefectiblemente.

Nos explicamos, sin embargo, sus intenciones. Hay en su viaje algo de ese íntimo goce que da la realización perfecta de un proyecto; y no es extraño que busque en los países de aquende los mares la sanción de cuanto ha hecho en pró del arte universal.

Don Manuel Malagrida es un catalán que hace algunos años se estableció en Buenos Aires y, merced á su actividad y á sus innegables dotes de talento comercial,

PRIMER ACCÉSIT



MANUEL MAYOL (Buenos Aires).

sin duda, la *crème* de la exposición, y de las hermosas cualidades que adornan á los carteles merecedores de los tres primeros premios, de los que puede discutirse el orden de prelación entre sí, mas de ninguna manera la innegable superioridad de la terna sobre los restantes.

Es más, creemos merecido el primer lugar para el titulado *Amor*, del milanés Alcardo Villa, cuya belleza de líneas, cuyo armonioso colorido, cuya corrección y cuya originalidad lo hicieron tomar por un auténtico Hohenstein. Ninguno, como éste, realiza el símbolo en su más genuina expresión.

Este afán de hallar el símbolo nos hace vacilar respecto de la prioridad del segundo sobre el tercero. En aquél no sabemos ver más que un cuadro de género, mientras que en éste vemos el tipo refinado de la parisien, algo que encarna en sí el título de los cigarrillos. Y si bien es cierto que el cartel de Leopoldo Metlicowicz, de Milán, tiene una corrección de dibujo y una armonía de color que se resuelve en una gama gris-amarilla de insuperable buen gusto, no lo es menos que el de nuestro Ramón Casas le aventaja en brillantez de color y en arrebatadora belleza. Por lo demás, éstas son diferencias de criterio que dejan á salvo la imparcialidad del Jurado. No nos detendremos á enumerar los demás premios y accésits que realmente se distinguen por notabilísimos méritos. La novedad de las ideas y la habilidad técnica con que están ejecutados, generalmente, prueban la importancia que los mismos artistas dieron á este certamen, luchando de buena fe por vencer. Pero si hemos de llamar la atención sobre el éxito que el arte español obtuvo compartiendo con el italiano lo más abundante y mejor de los frutos. Torcuato Tasso, Manuel Mayol, José Sanz, Laureano Barrau, Javier José, Pedro Ribera, Fernando Alberti y Luis Palao se llevan con Ramón Casas nueve de los 31 premios concedidos.

OCTAVO PREMIO



CHARLES MICHEL (Bruselas).

Los artistas residentes en la Argentina han hecho muy buen papel, como lo hubieran hecho en Europa si hubiesen tomado parte en algún concurso. Esto pone de relieve la importancia que el arte adquiere en aquella República, que no tardará en poseer artistas propios de no común valor. Por de pronto, el cuarto premio lo ganó el argentino Pío Collivadino, que reside en Roma, honrando á su país natal con su talento.

La leyenda de «cosas de América» debe hoy entenderse, no como una monstruosidad en que entran por partes iguales el charlatanismo y la exageración. El señor Malagrida la ha reducido á términos tan intelectuales y artísticos, que su propia *reclame* resulta educativa para aquel país. De hoy más, ningún industrial que se estime podrá valerse de vulgares mamarrachos para anunciar sus productos y tendrá que asociarse al arte para hacer atractivos sus anuncios. En esto consiste el verdadero triunfo del señor Malagrida, á quien hemos de agradecer nos haya facilitado los 31 carteles originales con la autorización competente para reproducirlos en este número extraordinario del ALBUM SALÓN.

FRANCISCO CASANOVAS

360



LEOPOLDO METLICOWITZ (Milán).

COMO SIEMPRE

La vi niña, la hablé siendo joven y la conocí por completo en la hora de la muerte.

Paseando por el Retiro, saltando con la cuerda, correteando con el aro, con el blondo cabello agitado por el viento, nimbo de oro rodeando su purísima frente; brillantes los azules ojos, diáfanos cristales donde se reflejaba el color del cielo, entreabiertos los labios, como rojo clavel partido en dos mitades, jadeante, sofocada, sonriente, así la vi muchas mañanas de primavera en aquel lugar, que yo solía escoger para repasar mis lecciones antes de entrar en el colegio de medicina.

Estudiaba entonces el primer año. ¡Cuántos han pasado desde entonces y cuánto he tenido que aprender, más que en la sala de autopsias del colegio, en el vasto anfiteatro del mundo!

Cada vez que Angela, que así se llamaba la niña, llegaba en sus locas carreras delante de mí, se detenía sorprendida al verme leyendo, y permanecía silenciosa hasta que le decía:

—Corre, monina, corre; juega, salta. No me molestas.

—¿Qué haces?—me preguntaba con esa encantadora franqueza de los niños.

—Estoy estudiando,—la contestaba.

—¿Tiene estampas ese libro?—decía empuñándose sobre las puntas de sus diminutos pies para ver mejor.

—No, hija mía ¿y tú no estudias?

—Mamá no me deja.

Y se encogía de hombros al darme esta contestación y se alejaba haciendo rodar el aro de cascabeles.

Durante toda la primavera la estuve encontrando diariamente.

Después pasaron años, concluí la carrera, me hice doctor y, sin saber por qué, entre los pocos recuerdos que me quedaban de los primeros años, el de aquella niña no se podía borrar de mi memoria.

Precisamente, por la profesión que ejercía, y más por la especialidad en que había adquirido alguna celebridad, en mi clientela había mujeres de todas clases y condiciones.

—¡Cuántas miserias he de conocer y de cuántas dolorosas historias fui confidente!

En todas aquellas miserias y en todas estas historias siempre había una víctima y un verdugo.

Una noche, me llamaron con urgencia para que fuese a visitar a una enferma que estaba de mucho peligro.

Cerca de la mía, estaba la casa donde debía ir. La camarera que vino a avisar esperaba para acompañarme.

Cuando llegamos a la casa, sorprendíome el lujo que resplandecía en ella.

Un caballero joven, buen mozo y elegante, salió a recibirme con la angustia y la zozobra retratadas en el rostro.

—Sálvela usted, doctor, sálvela usted,—me dijo tendiéndome la temblorosa mano y arrastrándose hacia la estancia de la enferma.

Tendida en suntuoso lecho yacía ésta; movimientos convulsivos la agitaban y de sus labios se exhalaban gemidos de dolor.

En el primer momento, no pude ver más que un bosque de cabellos rubios como el oro removiéndose sobre las almohadas.

Sin saber por qué, recordé aquella niña del Retiro a quien no había vuelto a ver.

—Angela,—dijo el caballero,—Angela mía, aquí está el doctor, ten ánimo, él te salvará.

—Me muero. No hay remedio para mí,—murmuró la enferma a la par que se incorporaba, sin duda por efecto del dolor que sentía. Entonces pude verla perfectamente. Era ella; ya no podía dudar.

¡Y en qué situación la volvía a ver!

Me quedé aterrado.

Aquella mujer estaba envenenada.

¿Se trataba de un suicidio ó de un crimen?

—Ha sido una locura de Angela.

—me dijo el caballero, al ver que fruncía el entrecejo al apreciar por los efectos la causa del mal.—Una verdadera locura, doctor; pero usted la salvará ¿no es cierto?

—Haré lo que pueda,—repeuse lacónicamente.

Llegué a tiempo y pude salvarla.

Un día recordé a Angela el lugar donde la conocí niña.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y me contestó con un acento que no he podido olvidar:

—¡Ojalá pudiera volver a aquel tiempo! Desgraciadamente, el camino no se anda más que una sola vez y ya no puedo retroceder.

En estas palabras estaba encerrado todo un drama.

No quise averiguarlo. ¿Para qué? Aquel caballero que con tanta angustia me rogaba que la salvase era el conde D...

Rico, galante, de apuesta figura, poseía todas las condiciones para seducir a una mujer.

Pirata de guante blanco, cada una de sus excursiones por el mar del mundo le proporcionaba una presa y de cada una de estas presas resultaba una víctima.

Una vez restablecida Angela, supe que se había marchado a Italia con su seductor.

La hoja caída del árbol social iba arrebatada por el viento del destino. ¿Dónde se detendría?

Pasaron siete años.

Yo era médico de una de las salas del Hospital.

Una mañana, al hacer la visita, me dijo el practicante, que la noche anterior había entrado una pobre mujer, cuyo estado era desesperado.

—¿Qué número tiene?—pregunté.

—El número siete.

En el hospital desaparece la personalidad para convertirse en una cifra.

En ese inmenso depósito donde se hacían los girones de la miseria humana y del vicio social, ¿qué falta hace un nombre?

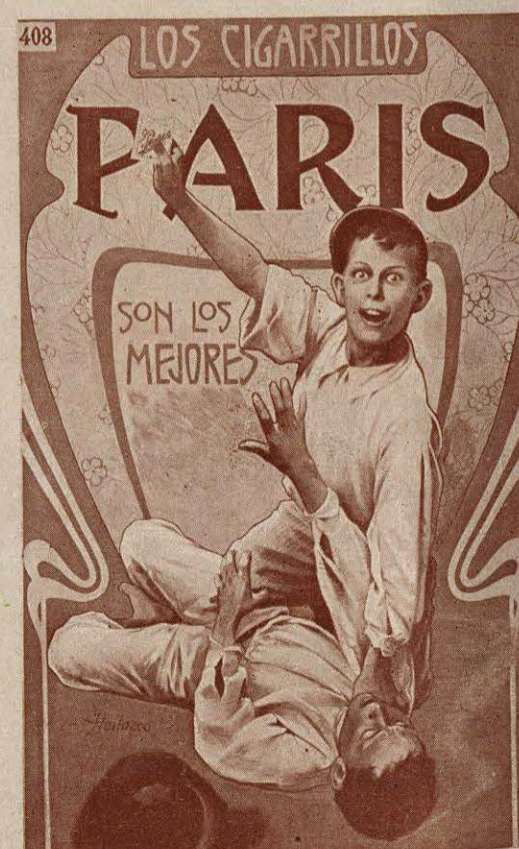
La persona, al entrar allí, no es más que una cifra negativa en el libro mayor del mundo

ACCÉSIT



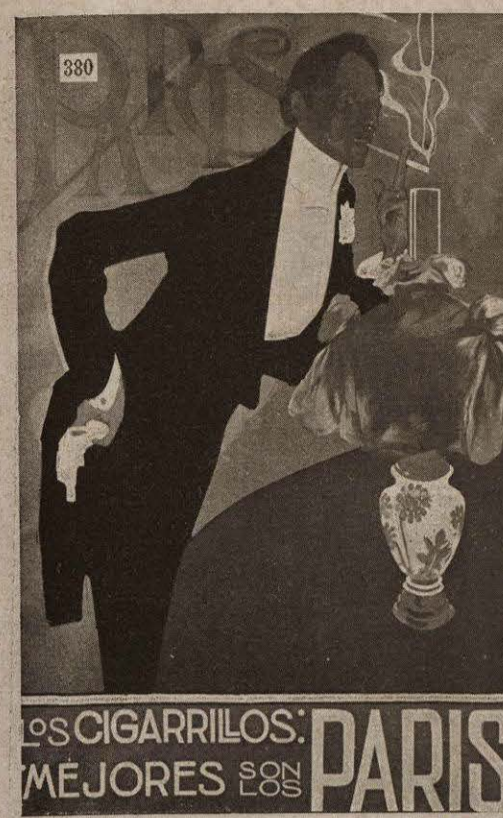
LAUREANO BARRAU (Barcelona).

ACCÉSIT



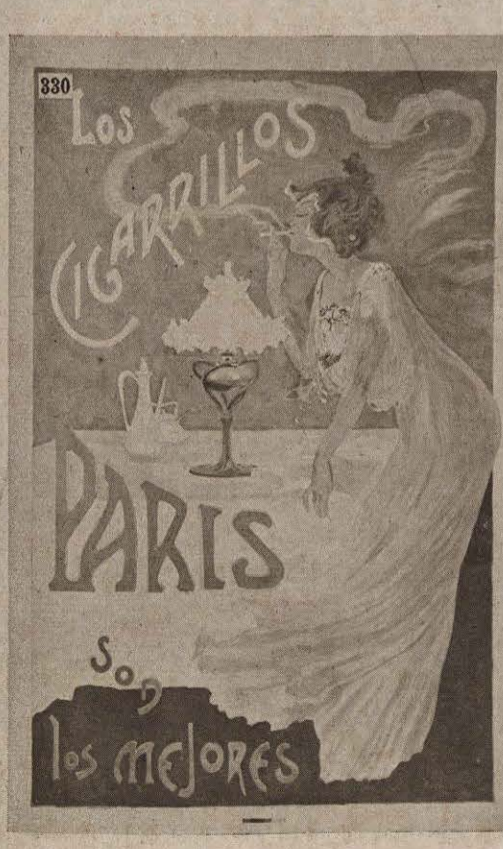
ALVIN GASPARY (Buenos Aires).

ACCÉSIT



JAVIER GOSÉ (París).

ACCÉSIT



EUGÈNE VAVASSEUR Asnières (París).

LAS TRES GRANDEZAS

Los salones de la Condesa iban despejándose. Había terminado la elegante *matinée* con que obsequiaba los viernes a sus aristocráticos amigos. Casi todo el Madrid elegante y entonado desfilara en estas tardes por delante de la ilustre *procer*, cuyos blasones se remontaban a la época de la Reconquista. Aquellos nobles antepasados representaban para ella un timbre de honor que no hubiese cambiado por todo el oro de nuestro siglo positivista.

Las hazañas de aquellos esforzados caballeros que habían defendido con su sangre, primero la patria y más tarde la Religión, en las famosas guerras de las Cruzadas, le inspiraban una especie de culto...! Era pues una *Grande*, en toda la extensión de la palabra.

En sus soberbios salones se respiraba aquel ambiente que siglos atrás hizo de los españoles los héroes caballerescos con tanta gala descritos por trovadores y novelistas.

El mobiliario era regio y severo como las costumbres de la noble dama que, aunque toleraba el modernismo, no entraba en ninguna de sus manifestaciones. Respetaba las corrientes de la época; pero no se amoldaba a ellas.

Terminada la fiesta, se quedaban siempre a discurrir y charlar con aquella digna representante de la verdadera nobleza, el grupo de sus predilectos, compuesto en su mayor parte de hombres y mujeres notables por su talento ó por sus virtudes. Esta última parte de la fiesta, era para la Condesa la más amena.

Había escuchado indiferente las adulaciones de los que, cual se derrama el incienso en los templos, las arrojan a puñados ante el altar de

ACCÉSIT



V. P. TAPIN (Buenos Aires).

se cruzó con la mía y me tendió su enflaquecida mano.

Aquella mano ardía.

—Ahora sí que no puede usted salvarme, doctor—ne dijo sonriendo tristemente.

La infeliz conocía su estado. La vida iba extinguiéndose rápidamente en aquel pobre cuerpo.

Entonces conocí su historia.

Lo de siempre. El conde D... la vió, la deseó, la obtuvo, y cuando ella le exigió el cumplimiento de su promesa, no fué atendida y en su desesperación trató de envenenarse.

—¿Por qué me salvó usted entonces?—me dijo con un acento que no he podido olvidar nunca.

El conde, arrepentido por el momento, la prometió cuanto quiso y se la llevó a Italia.

Allí la dejó abandonada. ¿Para qué le servía la flor cuyos pétalos purísimos él mismo había marchitado?

La pobre mujer, viéndose sola, en país extraño y falta de recursos, tuvo que vender su cuerpo para comer.

Después, siguió rodando aquella dolorosa escalera, peldaño por peldaño, dejando en cada uno un girón de honra y un átomo de su vida, como tantas otras que, nacidas para la virtud, son al cabo víctimas inocentes de la perversidad humana, que las arroja al lodazal del vicio.

Regresó a España; todos los suyos la desconocieron.

Los ajenos, únicamente, la tomaron, hasta que llegó el día que éstos la rechazaron.

Entonces el hospital reclamó su presa y allí la encontré para asistir a sus últimos momentos.

¡Pobre Angela!

El día en que murió, un rayo de sol que entraba por la ventana de la sala envolvía su cabeza, dando tonos tan brillantes a su blonda cabellera, que semejaba un nimbo de oro rodeando el rostro de una mártir.

y ya tiene suficiente con el número de la cama que ocupa.

Me aproximé al número siete.

En el primer momento, sólo pude distinguir un rostro blanco, muy blanco, con esa blancura amarillenta de los cadáveres, rodeado de un bosque de cabellos rubios que se escapaban de la gorra que mal encubría su cabeza.

Después... después lancé una exclamación de dolorosa sorpresa.

Era Angela, la niña del Retiro, la hermosa envenenada del palacio, la mísera hoja arrastrada por el viento de la deshonra que por fin había encontrado el lugar donde detenerse. El hospital.

Ella también me reconoció. Abrió los ojos, su mirada

se cruzó con la mía y me tendió su enflaquecida mano.

Aquella mano ardía.

—Ahora sí que no puede usted salvarme, doctor—ne dijo sonriendo tristemente.

La infeliz conocía su estado. La vida iba extinguiéndose rápidamente en aquel pobre cuerpo.

Entonces conocí su historia.

Lo de siempre. El conde D... la vió, la deseó, la obtuvo, y cuando ella le exigió el cumplimiento de su promesa, no fué atendida y en su desesperación trató de envenenarse.

—¿Por qué me salvó usted entonces?—me dijo con un acento que no he podido olvidar nunca.

El conde, arrepentido por el momento, la prometió cuanto quiso y se la llevó a Italia.

Allí la dejó abandonada. ¿Para qué le servía la flor cuyos pétalos purísimos él mismo había marchitado?

La pobre mujer, viéndose sola, en país extraño y falta de recursos, tuvo que vender su cuerpo para comer.

Después, siguió rodando aquella dolorosa escalera, peldaño por peldaño, dejando en cada uno un girón de honra y un átomo de su vida, como tantas otras que, nacidas para la virtud, son al cabo víctimas inocentes de la perversidad humana, que las arroja al lodazal del vicio.

Regresó a España; todos los suyos la desconocieron.

Los ajenos, únicamente, la tomaron, hasta que llegó el día que éstos la rechazaron.

Entonces el hospital reclamó su presa y allí la encontré para asistir a sus últimos momentos.

¡Pobre Angela!

El día en que murió, un rayo de sol que entraba por la ventana de la sala envolvía su cabeza, dando tonos tan brillantes a su blonda cabellera, que semejaba un nimbo de oro rodeando el rostro de una mártir.

Después... después lancé una exclamación de dolorosa sorpresa.

Era Angela, la niña del Retiro, la hermosa envenenada del palacio, la mísera hoja arrastrada por el viento de la deshonra que por fin había encontrado el lugar donde detenerse. El hospital.

Ella también me reconoció. Abrió los ojos, su mirada

se cruzó con la mía y me tendió su enflaquecida mano.

Aquella mano ardía.

—Ahora sí que no puede usted salvarme, doctor—ne dijo sonriendo tristemente.

La infeliz conocía su estado. La vida iba extinguiéndose rápidamente en aquel pobre cuerpo.

Entonces conocí su historia.

Lo de siempre. El conde D... la vió, la deseó, la obtuvo, y cuando ella le exigió el cumplimiento de su promesa, no fué atendida y en su desesperación trató de envenenarse.

—¿Por qué me salvó usted entonces?—me dijo con un acento que no he podido olvidar nunca.

El conde, arrepentido por el momento, la prometió cuanto quiso y se la llevó a Italia.

Allí la dejó abandonada. ¿Para qué le servía la flor cuyos pétalos purísimos él mismo había marchitado?

La pobre mujer, viéndose sola, en país extraño y falta de recursos, tuvo que vender su cuerpo para comer.